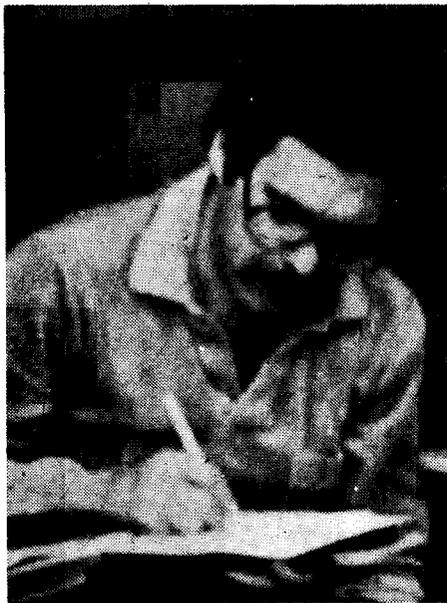


EL POSTGRADO EN COMUNICACION DE LA UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA: UN ACERCAMIENTO CRITICO

Con la publicación del siguiente trabajo, iniciamos la presentación de algunas de las ponencias que fueron expuestas en setiembre de este año, en Sao Paulo, con ocasión del III Simposio Latinoamericano de Estudios de Postgrado en Comunicación Social.

Javier Mier, el autor de este trabajo, es un destacado maestro universitario de México, investigador reconocido en su país y actual coordinador del Curso de Postgrado en Comunicación Social de la Universidad Iberoamericana, prestigiada institución mexicana que forma parte de nuestra Federación.



Por: Luis Javier Mier Vega

En la historia de la enseñanza e investigación de la comunicación en México, la Universidad Iberoamericana —con sus limitaciones, defectos y contradicciones— ha jugado un papel protagónico. Es esta institución la que en 1960 funda la primera licenciatura en comunicación propiamente dicha, y es también la que crea la primera maestría de esta disciplina 18 años después. Lo anterior no significa negar la importancia histórica de las escuelas de periodismo creadas al mediar el siglo o las aportaciones de otras universidades. Por el contrario, busca subrayar el hecho de que las instituciones de educación superior no se desarrollan de manera aislada ni pueden resolver sus problemas con voluntarismo y buenas intenciones.

La licenciatura en comunicación de la Iberoamericana se crea precisamente a partir de esas escuelas, y cuando las universidades —que generalmente responden lentamente a los cambios socioculturales— empiezan a darse cuenta de la im-

portancia de los medios masivos de comunicación. Su principio resulta ingenuo al paso de los años, pues no cuestiona la comunicación masiva, sino que busca aprovechar su potencial. En otras palabras, se considera que la preparación de profesionales capaces de comprender la realidad y de manipular técnicamente los medios, bastará para convertir en positivos los efectos negativos —mercantilistas y enajenantes— de la comunicación masiva.

De esta época quedan, sin embargo, la esencia humanista y la preocupación estética que han caracterizado a dicha universidad.

El paso siguiente fue la adopción de las recomendaciones de CIESPAL (tan ahistoricamente criticadas después) y que se tradujeron en cursos de teoría e investigación de la comunicación, que se agregaron a los dedicados al estudio de los lenguajes y de los medios propiamente dichos. A lo anterior se sumaron, en los 70, la preocupación por estudiar la conforma-

ción de la sociedad —que surgió principalmente de los estudiantes—, y el afán por hacer de la comunicación una ciencia, que aportaron sobre todo quienes habían realizado estudios de postgrado en los Estados Unidos.

Afanes científicos y romanticismo.

En este contexto que surge, en 1978, la Maestría en Comunicación de la Universidad Iberoamericana. Su fundación no responde, sin embargo, a un consenso y a un proyecto claro. Más bien es producto de pugnas e intuiciones. Se piensa en la solución antes de identificar bien a bien el problema, como tantas veces ha sucedido en el medio académico de la comunicación.

Su principio es romántico, a pesar de que se quiere científico, lo que explica la fuerza de su impulso y, en parte, su decaimiento posterior.

Su nacimiento, a diferencia de la licenciatura, obedece a inquietudes del claustro profesoral y al pequeño mundo de la investigación de la comunicación, más que a necesidades comunicacionales claramente especificadas. Se piensa que es hora de preparar verdaderos científicos, comunicólogos capaces de resolver —ahora sí— todos los problemas comunicativos de la sociedad.

Su objetivo es preparar investigadores con una sólida preparación teórica y metodológica, que aporten nuevos conocimientos a la disciplina, que asesoren a quienes toman las decisiones importantes y que dirijan, en suma, la comunicación del país.

El planteamiento, ciertamente, es pretencioso, como corresponde a casi todos los postgrados cuando empiezan. En el fondo yacen una fe ciega en la ciencia, una desconfianza básica en los estudios de licenciatura y un desprecio monumental a

la práctica profesional.

Los primeros en detectarlo son los propios egresados de la licenciatura en comunicación de la Iberoamericana, quienes al abrirse el programa responden con entusiasmo. Buscan, si, profundizar en los aspectos teóricos y metodológicos, pero pronto se dan cuenta que se les subestima: que no se valora el conocimiento que han adquirido en la práctica profesional; que se les considera malos estudiantes porque trabajan y no pueden dedicarse de tiempo completo al programa, como se hace en los países desarrollados; y que cualquier cosa que digan, hagan o escriban, carece del debido rigor científico.

Como es lógico suponer, esos potenciales maestros optaron por retirarse y dejar al programa encerrado en su torre de marfil. En la maestría quedaron únicamente quienes deseaban dedicarse de lleno a la investigación y la docencia (los menos), y quienes buscaban acrecentar su capital curricular y carecían de los medios o de la posibilidad de invertir dos años en una universidad del extranjero (los más).

No se trata con esto de subestimar el esfuerzo de quienes iniciaron el programa. Para justificarlos bastaría señalar que lo hicieron, y que gracias a ello la investigación y el estudio riguroso de la disciplina recibieron un notable impulso en nuestra universidad; pues el postgrado no debe verse únicamente como un plan de estudios, sino como una especie de investigación y difusión; actividades esenciales para una universidad que realmente pretenda serlo.

De lo que se trata es de subrayar el hecho de que los postgrados de nuestros países, con frecuencia responden más al voluntarismo que a un análisis serio del campo de trabajo —que no mercado— al que esperan responder.

El afán científico no puede desligarse de la realidad concreta sino se quiere caer en los tres ismos que también ha descrito Daniel Prieto: el teoricismo, el tecnicismo y el verbalismo. Y así como hay que reconocer las aportaciones que ha hecho nuestro programa, también debemos reconocer sus defectos.

Y el primero y más grande de ellos es, a mi juicio, el divorcio que se dio entre el medio académico de la comunicación y el medio profesional de la misma; la división tajante y absurda entre teoría y praxis.

Esta separación no sólo ha costado el ale-

La cuestión urgente más bien es averiguar qué estructura curricular, qué acciones y qué medidas deben tomarse para que los objetivos se cumplan más satisfactoriamente; para que las cosas que se quiere sucedan pasen de verdad.

jamiento de profesionales sumamente valiosos (los mejores egresados de la licenciatura generalmente nada quieren saber del postgrado), sino que ha frenado el avance de la investigación misma, en tanto que se encierra en el cubículo y en las discusiones de salón (perdiendo con ello las aportaciones que en la búsqueda de la especificidad de lo comunicativo pueden hacer los profesionales).

A lo anterior hay que agregar una contradicción más que se dio en la creación de la Maestría de la Iberoamericana: la pugna entre los humanistas y los funcionalistas, y que significó una discusión rica por una parte, y una división de recursos y esfuerzos por la otra.

El primer programa fue, pues, el resultado de una negociación que se tradujo en dos especializaciones: comunicación y desarrollo, que impulsó la corriente humanista; y comunicación organizacional, que impulsó la corriente funcionalista. Al interior sin embargo, las tendencias no eran tan claras como los nombres indican.

La falta de recursos, la diversa formación de los profesores y los distintos proyectos en pugna, trajeron confusión, pero también riqueza temática y de enfoques. Marxistas, semiólogos y humanistas luchaban entre sí por imponer su proyecto o, al menos, por mantener su espacio, mientras que la línea predominante —que no única— era el funcionalismo.

Esta etapa, que podemos calificar de arranque, se caracterizó por contar con pocos estudiantes y escasa influencia en el medio profesional. Sin embargo, impulsó la investigación, que era prácticamente nula en el Departamento que dio origen al programa; trajo una mayor preocupación por el rigor metodológico; y aportó nuevas áreas temáticas, algunas truncadas posteriormente como los estudios demográficos y la comunicación. De ella quedaron las cátedras: “Comunicación Social y Desarrollo Cultural”, “La Comunicación en el Pensamiento Contemporáneo” y “Proyectos de Desarrollo y Estrategias de Comunicación”, que forman la trilogía básica del actual programa y que constituyen ya una tradición en este postgrado.

Crisis y repunte.

Pasado el entusiasmo inicial, los magros resultados en cuanto a la formación de maestros (que se tradujeron en bajo ingreso de estudiantes, alta deserción y paupérrimo porcentaje de titulados, trajo consigo una crisis interna, la cual se agudizó al combinarse con la mayor crisis que ha vivido el Departamento de Comunicación en toda su historia.

A principios de los 80, la Maestría en Comunicación de la Universidad Iberoamericana no era más que una caricatura de sí misma: el proyecto inicial se había perdido y, junto con él, el espacio de discusión que había sido su principal riqueza. No quedaban más que los esfuerzos de unos pocos profesores, un puñado de alumnos, y una serie de objetivos, cursos y acciones destinados a jugar a las apariencias. Sin ningún rigor y mucho menos ideas claras, el programa simplemente vegetaba.

En 1982 el Departamento inicia un periodo de repunte. Poco a poco se forma un equipo sólido y entusiasta que revitaliza los programas, la investigación y la difusión. En ese año se reforma radicalmente el postgrado con el objetivo de levantarlo y consolidarlo. No se cuenta prácticamente con nada, a excepción de la trilogía de cátedras mencionadas anteriormente, por lo que es necesario reformular las cosas de prisa.

Lo primero que se plantea es la necesidad de optar por un camino. Se olvida la comunicación organizacional como un fin para centrar el postgrado en los problemas de la comunicación para el desarrollo.

Esto, sin embargo, se plantea como el objetivo general que debe orientar el programa, tanto en los cursos como en las actividades de investigación y difusión. El nuevo proyecto se interesa fundamentalmente por el papel que le corresponde a la comunicación como facilitadora de las tareas del desarrollo. Ya no se trata de formar maestros en abstracto o de investigar anárquicamente, sino de llevar adelante una proposición.

El proyecto, que recoge varios de los elementos del planteamiento original, em-

De lo que se trata es de subrayar el hecho de que los postgrados de nuestros países, con frecuencia responden más al voluntarismo que a un análisis serio del campo de trabajo -que no mercado- al que esperan responder.

pieza por ubicar estratégicamente el nuevo postgrado —llamado “Maestría en Comunicación y Desarrollo— dentro del Departamento que le da origen, y que se define como el organismo universitario que se dedica al estudio de la comunicación mediante su enseñanza, investigación y difusión. Se retoma así el espíritu de la reforma universitaria que se llevó a cabo en la Iberoamericana entre 1968 y 1974, y que originó la departamentalización. La Maestría pasa así a ser uno de los programas que se ofrecen como resultado del trabajo departamental, con lo que deja de ser una ínsula separada de la licenciatura. Con el nuevo planteamiento, el postgrado se ve obligado a desprender sus objetivos de los del organismo que le da origen, asegurándose de esta manera un mínimo de congruencia.

La preocupación por estudiar las relaciones entre la comunicación y el desarrollo para contribuir a la transformación de la sociedad, de forma que ésta sea más justa y equitativa, se convierte en una preocupación departamental que guía los programas y las actividades, y no en una graciosa concesión para el postgrado.

La Maestría adquiere entonces un valor estratégico; le corresponde ser el espacio de vanguardia del Departamento; el espacio de investigación, difusión y docencia que aporte nuevos problemas y respuestas en la búsqueda de la especificidad comunicativa y en la construcción de las necesarias mediaciones entre la comunicación y los problemas del desarrollo. Nuevos problemas y respuestas que, tras un proceso de decantación, influyan en la licenciatura por una parte, y en el medio profesional por otra.

Más que forman investigadores, docentes y asesores, como en el planteamiento original, se trata de hacer investigación, docencia y difusión conjuntamente con los alumnos, de tal manera que estos se formen como tales al tiempo que el postgrado se convierte en un espacio creativo y productivo, en el que los estudiantes aportan también sus conocimientos y experiencia profesional.

Ciertamente, sin embargo, estamos muy lejos de lograrlo.

Las necesarias mediaciones.

En el momento actual, la Maestría en Comunicación ha logrado un significativo repunte. Cuenta con 50 estudiantes, cuyo nivel ha ido mejorando en los últimos años, con un equipo de profesores más o menos estable y sólido, con participación —aunque incipiente— en los proyectos docentes, de investigación y de difusión del Departamento, y con una creciente incidencia en la licenciatura y en el medio profesional.

Del trabajo desarrollado en los últimos años han surgido cursos, investigaciones, ensayos y proposiciones varias sobre políticas de comunicación, comunicación y cultura, nuevas tecnologías, etc. Desde esta perspectiva el saldo es favorable. Lo es también si se atiende a indicadores administrativos: más alumnos, menor deserción, mayor porcentaje de titulación, mayor número de seminarios y mejor organización de los mismos.

Sin embargo, si atendemos a los objetivos del proyecto, la realidad no resulta tan favorable. Entre los objetivos del mismo y la cotidianidad existe un abismo que es necesario salvar mediante la elaboración de las necesarias mediaciones. En otras palabras, es necesario tender los puentes para que la Maestría en Comunicación y Desarrollo se convierta en Maestría en Comunicación para el Desarrollo.

Esta es la tarea que estamos emprendiendo en este momento y que nos obliga a plantear una reorganización del postgrado conjuntamente con la licenciatura. Se trata de realizar una reforma estratégica que nos permita cumplir mejor los objetivos trazados a partir de los escasos recursos que tenemos.

La primera pregunta que tenemos que contestar es: ¿Por qué una maestría en comunicación y desarrollo? O en otras palabras, ¿cuáles son las necesidades comunicativas reales que pretendemos satisfacer? La validez de la disciplina y de la perspectiva, creo, son obvias, pero la mediación entre ellas y las necesidades reales, no tanto.

El problema no se encuentra en los objetivos, pues nos parece válido proponerse la

formación de investigadores, planificadores, expertos y profesores en los términos que se explicitan en el proyecto y que pueden leerse en el folleto del programa. Dichos objetivos, que sería muy aburrido describir, pueden ciertamente discutirse, pero no invalidarse completamente. La cuestión urgente más bien es averiguar qué estructura curricular, qué acciones y qué medidas deben tomarse para que los objetivos se cumplan más satisfactoriamente; para que las cosas que se quiere sucedan pasen de verdad.

Y ahí —perdóneme la reiteración— entramos al problema de las mediaciones. ¿Cuál es la especificidad estrictamente comunicativa de los problemas del desarrollo? ¿Cómo se traduce la comunicación para el desarrollo en un quehacer comunicativo? Y, supuestas las respuestas a estas preguntas, ¿qué habría que enseñar, investigar y difundir, con qué enfoques y metodologías?

Más aún, ¿qué se espera que hagan específicamente los egresados?

Estas cuestiones son muy difíciles de responder, por lo que resulta muy tentador hacerlas a un lado. Lamentablemente tienen una relación directa con la naturaleza del postgrado en comunicación y con las tendencias de investigación científica, creación de seminarios e intercambio académico.

Desde luego, nosotros no estamos en condiciones de darles respuesta inmediata, de ahí que las proponemos como guías que conduzcan la búsqueda de los próximos años.

Por lo pronto y dentro de esta línea nos hemos propuesto una tarea: la creación de seminarios y actividades destinadas a facilitar el cumplimiento de los objetivos de investigación, docencia, planeación y difusión.

La estrategia que estamos diseñando parte de una consideración: ninguno de esos objetivos podrá cumplirse cabalmente mediante la introducción de cursos aislados que busquen dar respuesta a cada objetivo por separado, y mucho menos cuando no existen dichos cursos. El tiempo nos ha enseñado que no se forman investigadores mediante seminarios de metodología; mucho menos profesores cuando la enseñanza de la comunicación no se plantea siquiera como problema, planificadores que desconocen totalmente lo que van a planear y los instrumentos comunicativos de los que podrían valerse, o difusores que ignoran por completo los lenguajes,





las formas y el funcionamiento de los medios.

De ahí que nos propongamos convertir al postgrado en un taller que, dividido por áreas, acometa los objetivos en su conjunto. Cada una de ellas pondría énfasis en el cumplimiento de uno de los objetivos, pero atendiendo su relación con los demás y con el objetivo general que le da nombre al postgrado.

Se trata, pues, de áreas que centren su actividad en el quehacer y no en la transmisión de información; un quehacer conjunto entre alumnos y maestros que dé origen a verdaderos seminarios de postgrado, donde la acción y la reflexión se den a la par, y que concluyan en productos específicos, por modestos que resulten.

Lo anterior significa enlazar las actividades del postgrado con las del Departamento mismo, por lo que las áreas que se proponen estarían directamente relacionadas con: enseñanza de la comunicación, investigación, difusión de la cultura y divulgación científica, mejoramiento y superación académica y servicios académico profesionales.

De la primera se desprendería los seminarios básicos del postgrado, sobre todo los referentes a teoría de la comunicación, comunicación para el desarrollo y comunicación y cultura; así como los cursos, prácticas y actividades dirigidas a la formación de profesores.

De la segunda, los proyectos de investigación departamental que se traducirían en verdaderos talleres de investigación; así como los seminarios metodológicos y teóricos que la realización de dichos proyectos requirieran.

De la tercera, los talleres a que dieran origen los planes de difusión departamental (directamente relacionados con las áreas anteriores) y universitario; así como seminarios enfocados a la dimensión estética de la comunicación (lenguajes, formas y análisis y elaboración de mensajes, diseño de medios, etc.), y al problema de la divulgación científica.

De la cuarta, los seminarios especiales a que den lugar las actividades, las nuevas tendencias teóricas y metodológicas, las nuevas necesidades e, incluso, las modas académicas.

Finalmente, la quinta se enfocaría a la creación de talleres, seminarios y prácticas profesionales que vincularán al postgrado con proyectos específicos de desarrollo (o al menos con el trabajo de los estudiantes y de los asesores externos), poniendo particularmente el énfasis en la planeación de la comunicación y en la puesta en práctica de proyectos comuni-

cativos democratizadores.

Todo lo anterior supone, lógicamente, una discusión a fondo, y sobre todo la aceptación de flexibilizar el currículo del postgrado, de reventar las paredes y de estar dispuestos a correr el riesgo que las nuevas propuestas traen consigo.

Y esto, finalmente, no es más que una modesta proposición para emprender la búsqueda de la especificidad de la disciplina y para construir las mediaciones entre las demandas sociales y la comunicación. Una propuesta que sometemos a discusión.



Jaime Rázuri

La investigación en telecomunicaciones es una de las tareas urgentes para un desarrollo equilibrado de la Comunicación Social en nuestros países (en la foto Carlos Romero Sanjines Director del INICTEL - Perú).